

Tradición y modernidad en Colombia.

Corrientes poéticas en los años veinte

Pöppel, Hubert

Medellín: Universidad de Antioquia, 2000

La crítica ilumina, no enajena los textos

Primera versión recibida: 3 de febrero de 2004;

versión final aceptada: 20 de abril de 2004 (Eds.)

Parafraseando una idea del científico y premio Pulitzer, Lewis Thomas, de que el hombre ha sido siempre una criatura particularmente ansiosa con una inagotable curiosidad, don que lo distingue de otros seres vivientes, el texto de Hubert Pöppel se caracteriza precisamente por una particular curiosidad sobre un período de la historia literaria colombiana, los años veinte. Pero es una expectativa que va acompañada del afán de esclarecer uno de los momentos más interesantes de la poesía colombiana en el que confluyen, como en ningún otro tiempo, la tradición y la modernidad. La primera, al ser eje de la vida política, social y moral colombiana desde la Constitución de 1886 hasta mediados de los años veinte, cuando comienza a gestarse una nueva propuesta de lectura de la realidad desde los textos canónicos hasta aquellos que los controvierten con o sin intención explícita. También podría decirse que esta tradición marcó todo el siglo XIX, y mucho más durante el régimen colonial español que le precedió. La segunda, la modernidad, dio inicio en Colombia precisamente en los años veinte cuando en América Latina fluían vientos de cambio en la educación, la cultura, la vida ciudadana, marcadas por el auge de la tecnología, de la economía y la inserción de ésta a un nuevo sistema capitalista cada vez más expandido. Las transformaciones sociales y mentales, junto con las revoluciones ideológicas y políticas—caso de México, movimiento del Córdoba argentino— se observaban desde el Río de la Plata hasta México, todas ellas de la mano de los nuevos orientadores del pensamiento latinoamericano: Rodó, Vasconcelos, Mariátegui, Sanín Cano, Alfonso Reyes, Picón Salas, entre otros.

Los poetas e intelectuales colombianos siguieron a juntillas los pasos de estas corrientes de doble manera. Unos, más bien pocos, querían ser testigos de las novedades temáticas formales que de aquellas derivaban, sobre todo de las provenientes de Europa; y otros, la mayoría, se quedaron fijados en los

castillos fabricados en el trópico, fulgurantes como espectáculo —de apariencia moderna—, pero vacuos en su propuesta debido a su epigonalidad a la tradición. De los primeros que hacen presencia —los que ameritan mención—, mas no fundan tradición, porque no hubo quién los secundara, tenemos a León de Greiff, Luis Vidales, Luis Carlos López, Ricardo Rendón, Luis Tejada. Los segundos, partícipes casi todos de los grupos de La Gruta Simbólica, Panida, Los Nuevos o la Generación del Centenario y que escribieron en revistas y publicaciones periódicas de los años veinte, entre otras, *Alma de Artista*, *Cromos*, *Cyrano*, *Lecturas*, *Lira Poética*, *Panida*, *Voces*, *El Espectador*, *El Tiempo*, no lograron deshacerse del peso de los que le precedieron, cuya postura estética estaba anclada en los valores que magnificaban el pasado, y cualquier asomo de ruptura o novedad los espantaba. Ellos son cabales exponentes de la cultura literaria y particularmente de la poesía que se produce en las primeras décadas del siglo XX. Se diría que son, en algunos casos, proveedores; en otros, receptores, y en otros más, impugnadores —por las polémicas establecidas— de la poesía que circulará por esos años, y por ende, de las ideas, estructuras mentales y soportes formales que de ella se desprenden. La poesía que transita en los textos escolares, periódicos, folletos, revistas, sirve de indicio para comprender la manera de pensar de los poetas y escritores de los años veinte. La mayoría se resistía a aceptar que la hegemonía conservadora en la vida social, económica, moral, literaria, poética, llegara a su fin, y la modernidad y la vanguardia se impusiera, so pena de quedarse en un limbo retórico, como efectivamente ocurrió durante varias décadas. Habrá que esperar hasta la generación de "Mito" de mitad del siglo XX para que se pueda hablar, más que de vanguardia, de una cierta modernidad, entendida como lectura y construcción poética acorde con las sensibilidades estéticas vigentes en el concierto lírico universal.

Es claro el propósito del texto de Hubert Pöppel: mediante un análisis de corte transversal de la producción poética culta, oral y popular en la década de los años veinte del siglo XX —ajeno en absoluto de juzgar la calidad de la misma—, busca responder a los siguientes interrogantes: primero, ¿qué tipo de poesía se produjo, publicó y recibió (y ¿por parte de quién?), y qué relaciones había entre los diferentes conceptos de poesía? Segundo: ¿en qué forma percibieron los autores de ese momento la modernización de la sociedad y cómo la asimilaron en su creación lírica? (xxvii, 303). La respuesta a estas preguntas se da en el segundo y tercer capítulos de manera sistemática y rigurosa, con información de primera mano, es decir, fuentes primarias y secundarias. Pero antes,

en el primer capítulo, muestra los fundamentos del cambio progresivo de mentalidad de la sociedad colombiana derivados de las nuevas condiciones de desarrollo político, económico, continental y nacional, que inciden de una manera u otra sobre la cultura en general y, dentro de esta, en el sistema escolar y en las prácticas educativas. Un elemento especial es subrayado por el trabajo: la enseñanza de la literatura y en particular de la poesía culta y popular, a través de las cuales se inculca determinados valores institucionales. La lectura y memorización de poemas que sirven, bien para la ejemplificación de una preceptiva bastante normativizada, o bien para mantener un *statu quo* axiológico, permiten, aunque tímida y aprensivamente, dar a conocer algunas propuestas poéticas que rompen los cánones imperantes.

Poco usual en este tipo de trabajos, Pöppel trata con el mismo rigor —basado en fuentes pertinentes de la época y de la historiografía contemporánea— el contexto socioeconómico, histórico y político, como el educativo, cultural y poético, amén de estudiar este período de la poesía colombiana desde un marco teórico y metodológico de la teoría de la recepción europea, asimilada a tal punto que rara vez se acude a la germanía. Pero el aporte más importante de este trabajo corresponde al capítulo cuarto por la manera de abordar y estudiar algunos textos de poetas de los distintos grupos literarios y poéticos de las primeras tres décadas del siglo XX. Con los recursos teóricos de la filología, la retórica poética y una revisión bibliográfica exhaustiva de crítica poética en Colombia, Pöppel analiza, con énfasis, poemas de Luis María Mora, Julio Flórez, Guillermo Valencia, Eduardo Castillo, León de Greiff y Luis Vidales. Mientras el primero encarna la tradición poética neoclásica unida a la neoescolástica cristiana, Flórez representa la tendencia de la poesía romántico-popular ajena a cualquier viso de modernidad; pertenecen ambos al grupo de *La Gruta Simbólica*. Valencia, punta de lanza del modernismo ortodoxo, sirve de embrague entre las tendencias estéticas neoclásicas —y parnasianas— del siglo XIX y las modernistas del siglo XX, pero ninguno de los tres anteriores, según Pöppel, “tenía la fuerza o la voluntad de encarar el presente concreto”, porque, el primero, mira hacia el pasado, el segundo, hacia sí mismo, y el tercero, “hacia un futuro poética y teológicamente hipostasiado” (265). En consecuencia, literaria y socialmente quedan al margen de cualquier posible modernización. Lo que no ocurre con uno de los miembros del grupo del *Centenario*, Eduardo Castillo, quien con su oído atento al eco de los simbolistas franceses de mitad del siglo XIX, cree y logra en parte sintonizar su poesía con las “infinitas complejidades del pensamiento moderno” de los años veinte (275). Tal como sostiene Pöppel,

Castillo, en su discusión con Ángel María Céspedes y José Eustasio Rivera (134-149)—polémica literaria con alta dosis de “erudición, de ingenio y de virulencia”, según Javier Arango Ferrer (135)—, pretendía mostrar que era posible salirle a la tradición y mantenerse vigente poéticamente con un modernismo reformado. En poesía y en política, Castillo como Valencia “querían reconciliar tradición y modernidad” (307).

León de Greiff y Luis Vidales, miembros del grupo *Los Nuevos*, son los únicos poetas—en medio de muchos otros oficializados—que realmente apuntaron a la modernidad y, en algunos casos, fueron más allá con propuestas vanguardistas entendidas como una voluntad de negación de la retórica modernista, de la tradición social, cultural, moral y poética. Se ubicaron en una tierra de nadie que les permitía, sin pedir permiso, recuperar lo más valioso y permanente de las tradiciones poéticas, literarias y artísticas más antiguas. De Greiff, como bien lo indica Pöppel, “tomó en serio la exigencia principal del *Art poétique* de Verlaine ‘de la musique avant toute chose’” (278). No se conforma con dar expresión a elementos musicales por medio del ritmo, de vínculos armónicos, sino que intenta componer poesía valiéndose de las palabras, es decir, crea una obra sin precedentes en la literatura colombiana y difícil de imitar. “Despide el modernismo en tanto regresa una vez más a sus orígenes [también lo hizo Eduardo Castillo, pero fue menos osado en su propuesta] y lo reescribe, esta vez de manera más radical” (287). Aún más que en Vidales, en De Greiff la voluntad de negación se convierte en una actitud ante el arte y la vida, tal como lo muestra Pöppel. El poeta antioqueño se aparta no sólo de la intención de los poetas del modernismo y del Centenario, sino que se niega a reconocer las fronteras de su lengua, a creer en el progreso, a buscar la salvación en la poesía y a tomarse a sí mismo en serio con su dejo permanente de ironía (290).

Con Luis Vidales, la poesía colombiana alcanza un grado tal de contemporaneidad con las tendencias universales—sin estar al tanto de ellas—que lo hacen no sólo singular sino desconocido y poco valorado por sus atrevimientos, además de no haber tenido continuadores de su propuesta, porque se requería de un espíritu crítico como el suyo de la sociedad y sus convencionalismos, y de una mirada aguda y escucha atenta al cotidiano discurrir. Pocos como él—ni siquiera León de Greiff—pudieron superar la confrontación entre tradición y modernidad. Había que ir más allá y lo logra al confrontar poéticamente los postulados de la modernidad, porque ésta tampoco respondía ya a las exigencias y a la expansión de la sociedad de su tiempo. Es así como, en el criterio de

Pöppel, Vidales “puede ser considerado como el único poeta vanguardista de Colombia en los años veinte, dado que contempló el mundo como nadie antes de él en su país lo había hecho y porque transformó estas perspectivas en un nuevo lenguaje poético. Él fue también vanguardista porque sus contemporáneos concibieron a *Suenan timbres* como burla a la literatura corriente y, a su vez, a las relaciones políticas dominantes” (300).

Vidales como De Greiff, si bien renovaron la poesía colombiana en su momento, no tuvieron eco y no fueron escuchados. La recepción de su obra fue mínima comparada con la de los poetas de las tendencias anteriores, es decir, el modernismo de Valencia, el romanticismo popular tardío de Julio Flórez, la poesía de corte clásico de los de la Gruta Simbólica y los Centenaristas, y la popular gestada en la tradición oral. Estas últimas fueron las que predominaron en el ámbito escolar y en los medios de comunicación de los años veinte.

Pöppel concluye que la “modernización parcial”—concepto que toma de Max Weber— de la poesía correspondió, en cierta manera, con la parcial modernización de la sociedad colombiana. Eran más los sectores e instituciones colombianas que desconfiaban de los nuevos vientos que circulaban en el mundo que los que creían en la necesidad de contemporizar con todos los hombres. “Concepciones claramente antimodernistas yacían al lado de cautelosas tendencias de renovación y combatieron, a veces en común, los pocos intentos reales por escribir una poesía moderna que correspondiera a los años veinte” (308).

El texto *Tradicición y modernidad en Colombia. Corrientes poéticas en los años veinte* de Hubert Pöppel, representa uno de los aportes más valiosos al estudio de la poesía de las primeras décadas del siglo XX en Colombia, y quizá el más documentado y crítico sobre la recepción de esta poesía en el sistema escolar y en los medios de comunicación de los años veinte. Igualmente, el análisis exhaustivo—fundado en una metodología precisa— de poemas de escritores representativos de los distintos grupos y corrientes estéticas que coincidieron en un momento determinado para mostrar el estado de encabalgamiento entre la tradición y la modernidad, resulta, además de valioso, un reto para continuar realizando trabajos similares con otros períodos de la historia literaria colombiana.

Augusto Escobar Mesa
Universidad de Antioquia